

Damocles

Daniel Prior Gijón

Sarah nunca había sido una buena estudiante. Hablaba o se dormía durante las lecciones, fumaba a escondidas y en el pasado había acosado a otros compañeros. Sólo se había metido a Bachillerato para evitar ponerse a trabajar, y la jugada le estaba saliendo bien; a pesar de sus problemas de conducta, era muy raro que bajara del notable alto.

Odiaba de una forma profusa y cierta a todo el profesorado. Incluyendo al profesor de Historia de la Filosofía, Daniel. Sólo que les odiaba por motivos diametralmente opuestos. Mientras que al resto de profesores los consideraba poco menos que mediocres o inmerecedores de su posición, hacia Daniel procesaba una admiración sincera.

Era tan sólo oírle hablar y su mente se trasladaba. Él dominaba la palabra, un don que la propia Sarah poseía, sólo que estaba profundamente frustrado.

Ese día, Daniel, como leyéndole los pensamientos, la invitó a levantarse, y tomó el asiento de ella en la clase, y no volvió a decir nada.

Sarah entendió la situación desde el contexto. Primero se dirigió directa al asiento de “profesora”, y, después, se puso delante de la pizarra.

Recordó lo que dijo Daniel en la primera clase: “En Ciencias necesitan un laboratorio, en Matemáticas una pizarra y en Filosofía nos necesitamos a nosotros mismos”.

De modo que ignoró la pizarra y las tizas y se dispuso a dirigirse al resto de la clase, a la cual ahora por lo visto pertenecía Daniel.

Fue entonces cuando comprendió que algo iba terriblemente mal. Chinchetas. Tenía chinchetas por toda la garganta. Algo le gritaba que si decía cualquier cosa mínimamente fuera de lugar saldría gravemente herida.

Pasó varios minutos en esta situación de terror. Daniel

lanzó el borrador contra el hombro de Sarah:

—Aquí no se viene a dormir. Para esto te quedas en tu casa, ¿O ka? Sarah se

alegró de que sólo hubiera sido un sueño.

—No estamos en Primaria —siguió Daniel—, no voy a ponerte a copiar doscientas veces. Eso sería sencillamente ridículo.

»En su lugar, vamos a hacer otra cosa, algo con lo que quizá *realmente* aprendas algo. Ayer hablábamos de la leyenda de la Espada de Damocles, ¿Por qué no se la cuentas al resto de la clase?

Lo primero que hizo Sarah, fue tragar saliva, con lo que sintió un gran alivio. Después, se dispuso a contar la leyenda de Damocles sin orden ni concierto cuando en su cabeza cuajó bajo presión lo que estaba sucediendo.

Sin darle tiempo a pensar que habría sido casualidad, Daniel le guiñó un ojo y sonrió burlonamente.